



P. ASKENAZY, T. COUTROT, A. ORLÉAN Y H. STERDYNYAK

Manifiesto de economistas aterrados

BARATARIA, 2011

► Cuatro economistas de diversa procedencia teórica redactaron este Manifiesto en septiembre de 2010 al que, en menos de tres meses, se han adherido 3.000 personas del mundo de la economía y el pensamiento. Denuncian 10 falsas evidencias («los mercados financieros favorecen el crecimiento económico...») y unos programas de ajuste que están agravando la crisis económica y aumentando la desigualdad social. También proponen 22 medidas para debatir otra estrategia económica. El Manifiesto se ha convertido en un grito de alarma y muestra la fragilidad de sus diagnósticos de los portavoces de los mercados.

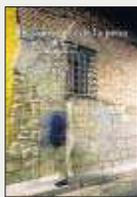


BALTASAR GARZÓN / VICENTE ROMERO

El alma de los verdugos

RBA, TEMAS DE ACTUALIDAD, 2011

► ¿Quiénes son esos tipos que, tras despedirse de sus hijos, acuden a su trabajo como funcionarios para torturar o asesinar a prisioneros políticos? ¿Cómo sienten y piensan los sicarios del Estado? Los autores de este trabajo afirman que se trata de personas normales, delincuentes a quienes la impunidad permite quebrantar límites. Sobrecogedores testimonios de víctimas y verdugos de la más cruenta represión en la historia de América Latina describen la mentalidad de los ejecutores del terrorismo militar, las oscuras profundidades del alma. Volumen acompañado del documental del mismo título realizado por Baltasar Garzón y Vicente Romero para TVE.

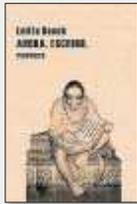


MANEL ALONSO I CATALÀ

Els somriures de la pena

ONADA EDICIONS, NARRATIVES, 12, 2011

► A partir de la memòria i fins i tot d'alguns retalls de la seua biografia, Manel Alonso (Puçol, 1962) construeix trenta relats de ficció que no són més que una llarga nòmina de derrotes personals i col·lectives i ho fa tractant amb tendresa però també amb ironia un seguit de personatges als quals la vida ha portat a situacions difícils quan no dramàtiques. Alonso retorna a eixe espai inexistent que és el poble de Pouet, el lloc on habita la seua fantasia per tal d'oferir-nos a través de la paraula el sabor agre dolç dels *Somriures de la pena*.



LOLITA BOSCH

Ahora, escribo,

PERIFÉRICA, 2011

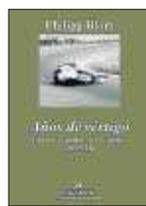
► ¿Ensayo narrativo sobre la imposibilidad de la escritura, sobre el miedo a la creación? ¿Autobiografía fragmentada: la autora y sus «enfermedades»? ¿Declaración de intenciones para el futuro, para la construcción de un mundo, otro mundo, hecho con palabras pero cierto? No importa el género o tipo de este texto: en todo caso, está asentado, anclado, en la realidad. Tanto en la de la autora Lolita Bosch (Barcelona en 1970) como en la de sus palabras hasta componer algo así como una ampliación vehemente y muy particular del «léxico familiar» de Natalia Ginzburg, pero ahora envés y revés al mismo tiempo.



El siglo XX comenzó con descubrimientos técnicos asombrosos, sobre todo el coche y la posibilidad de la velocidad...

Un mundo nuevo...

Un capítulo por año para pintar una retrospectiva de los primeros quince del siglo XX inmersos en el vértigo de un tiempo de descubrimientos, revoluciones técnicas y nuevos modos de pensar que desembocaron en una de las guerras más cruentas. Euforia y angustia de una época que, en muchos aspectos, inventó la actual.



PHILIPP BLOM

Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente. 1900-1914

► Col.: Argumentos. Trad.: Daniel Namjias. ANAGRAMA, 2010

bajadores, de los socialistas, los comunistas, los anarquistas, y cómo no, los reaccionarios y hasta los racistas. Los ingredientes para la controversia estaban en los libros, la universidad, los parlamentos, y en la prensa. Y luego en la radio o en el mismo cine. El teatro era una palestra, Ibsen y Bernard Shaw predicaban y rompían moldes.

Todo esto y más es lo que Blom pone, capítulo tras capítulo, sin olvidar la crueldad de los imperios coloniales, la vida terrible en los suburbios, el aumento de la producción en las fábricas con la cadena de montaje, las huelgas y las respuestas de las patronales con policías y ejércitos a su lado...

Tal vez me haya impresionado más la figura del padre Gapon, que protestaba en Rusia y pedía al Zar pacíficamente que remediara el hambre de los pobres y consiguió que los mataran los cosacos a caballo o a tiro limpio... en 1905. Era San Petersburgo, una ciudad de maravillas, donde el absolutismo no pensaba ceder un milímetro al precio que fuera. Como en Túnez, él dijo «No hay Dios, no hay Zar».

Luego los asesinatos de Calmette, Jaurés y el heredero de Austria-Hungría, el archiduque Fernando, en Sarajevo, puso los tres avísos: comenzaba la obra. *Incipit tragedia*. Era el final de una época.

Novela

POR R. VENTURA-MELIÀ

■ Hay novelas que son una celebración de la vida. Hay libros que muestran la ambición totalizadora, a veces de la creación, como la *Comedia Humana* de Balzac o *En busca del Tiempo Perdido* de Marcel Proust, otros por su capacidad de dar respuesta a preguntas capitales, así *El Origen de las especies* de Charles Darwin, o *La doble hélice* de Watson y Crick. Hay estudios más restringidos pero que intentan reflejar el puzzle de una sociedad y una época, como *La Viena de Wittgenstein* de Allan Janick y Stephen Toulmin. O *El grupo de Bloomsbury*, de Quentin Bell. Todos ellos han dejado huella, marcaron un hito y son inimitables, así que la tarea de Philipp Blom en *Años de vértigo* es más modesta, no tiene tan

ta pretensión, porque se dedica a compilar, acumular, sumar, y atravesar los diversos campos, sintetizando y con gran acopio de citas, autores y anécdotas que no llegan a cansar, aunque sí sorprenden en muchos momentos de este mamotreto de casi 700 páginas.

¿Qué era Europa cuando cambió el siglo en 1900? ¿Y cómo desembocó en la Gran Guerra? La canchicaría se fue preparando desde mucho antes de 1914, por el enfrentamiento de los imperialismos, la sociedad industrial avanzada, las rivalidades históricas, las ambiciones de los reyes, presidentes y el interés de los capitalistas, piensen al menos en los fabricantes de armas, Du Pont, o Schneider... los reyes del acero Carnegie o Wigenstein, Krupp y otros de su calibre.

Pero el siglo XX comenzó con mucha ilusión, con muchas novedades, con descubrimientos técnicos asombrosos, que hacían la

vida más agradable, la luz, el cine, el teléfono, hasta el avión, sobre todo el coche... Las ciudades iban siendo más acogedoras, mejor diseñadas y planificadas, mejor abastecidas, la gente iba de un país a otro, pero más que nada, del campo a la ciudad, del pueblo a la metrópolis (Berlín, Londres, París crecían, más de prisa Chicago o Nueva York).

Pero el hombre entraba en crisis, se sentía disminuido, frente a la máquina, que lo arrollaba y esclavizaba, frente a la mujer que quería liberarse y hasta pedía el voto... Los filósofos se atrevían a derribar muros, a superar tabúes, estallaban en la filosofía y en la literatura verdaderas bombas que hacían tambalearse convicciones de siglos, no digamos las religiones «reveladas». Y en ciencia todo parecía posible por fin. El Reino de Este Mundo se hizo grandioso, portentoso, a la vez que el ansia de dominio se acrecentaba, con la explotación, y también la respuesta de los tra-

Los dignos

Peter Bamm nos transmite su experiencia como médico de la Wehrmacht durante la campaña rusa, entre los años 1941 y 1945

Memorias

POR RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

■ La guerra ha sido siempre un magnífico revelador de nuestras miserias y grandezas. Ningún suceso como la violencia institucionalizada, hecha dogma, encarnada por los ejércitos y sus huestes, para informarnos de las sombras y luces de la condición humana. Entre los miles de documentos escritos que la Segunda

Guerra Mundial nos ha legado, hasta formar ese palimpsesto infinito que constituye a efectos prácticos la memoria intangible de cierta humanidad doliente, las experiencias narradas en primera persona con vocación testimonial, constituyen la expresión más cristalina de la imposibilidad de contemplar semejante suceso, de enorme magnitud, desde una óptica única y, por definición, reduccionista. La guerra, a qué dudarlo, es un diamante de múltiples facetas: sólo mediante el coro de voces de víctimas y verdugos, vencedores y vencidos, puede aspirarse a un atisbo de comprensión. En 1952, en una Alemania que comienza a ajustar cuentas con su responsabilidad en el derrumbe de algunos de los principios capitales del progreso y de la razón, Peter Bamm publica *La bandera invisible*, libro en el que nos transmite su experiencia como médico de la Wehrmacht durante la campaña rusa, entre los años 1941 y 1945. Cirujano de formación y sinólogo de vocación, descubre en la experiencia asiática, en la desmesura de

un paisaje inabarcable y en la inconmensurabilidad de una cosmovisión ajena a la suya, un campo de pruebas decisivo para levantar un monumento nada ingenuo y singularmente emotivo a propósito de la posibilidad de ese humanismo que los filósofos habían dado por enterrado tras el Holocausto y los más de 50 millones de muertos generados por el conflicto. Para ello, Bamm enarbolaba la bandera que da título a su libro, esa que no se ve pero congrega a todos los hombres y mujeres que, en muchos casos de forma anónima y desinteresada, fueron capaces de entregar su vida en nombre de unos principios a los que no aceptaron renunciar ni siquiera en su experiencia del infierno. Ahí es donde radica la importancia de este libro. En la convicción —expresada por Bamm con sus referencias a un legado filosófico, vital y emocional que nos vincula a todos, por usar la célebre imagen kantiana, como las estrellas en el cielo infinito y la ley moral dentro del pecho—de que existe algo común y compartido, algo que presta sentido y cohe-



PETER BAMM

La bandera invisible

► Traducción de Enrique Banús y José García. LIBROS DEL ASTEROIDE, 2010

sión a lo que somos y a lo que hacemos, y que legítima y deslegítima, algo que Bamm recoge bajo esa vieja, gastada y hermosa palabra que es Europa. Esa Europa siempre en el disparadero, a punto de disolverse en el magma de los pueblos y de los credos, pero que puede y debe asumir un acervo único y esplendoroso, un acervo que comienza con el relato de una guerra (Ilíada) y el retorno a casa de un guerrero (Odisea), pero también con la convicción, mil veces pisoteada y otras tantas resucitada, de que la única bandera que no es sólo viento, sangre y mierda es la bandera de la dignidad.